EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO IX.—NÚM. 24

MÉXICO, 11 DE DICIEMBRE DE 1887.

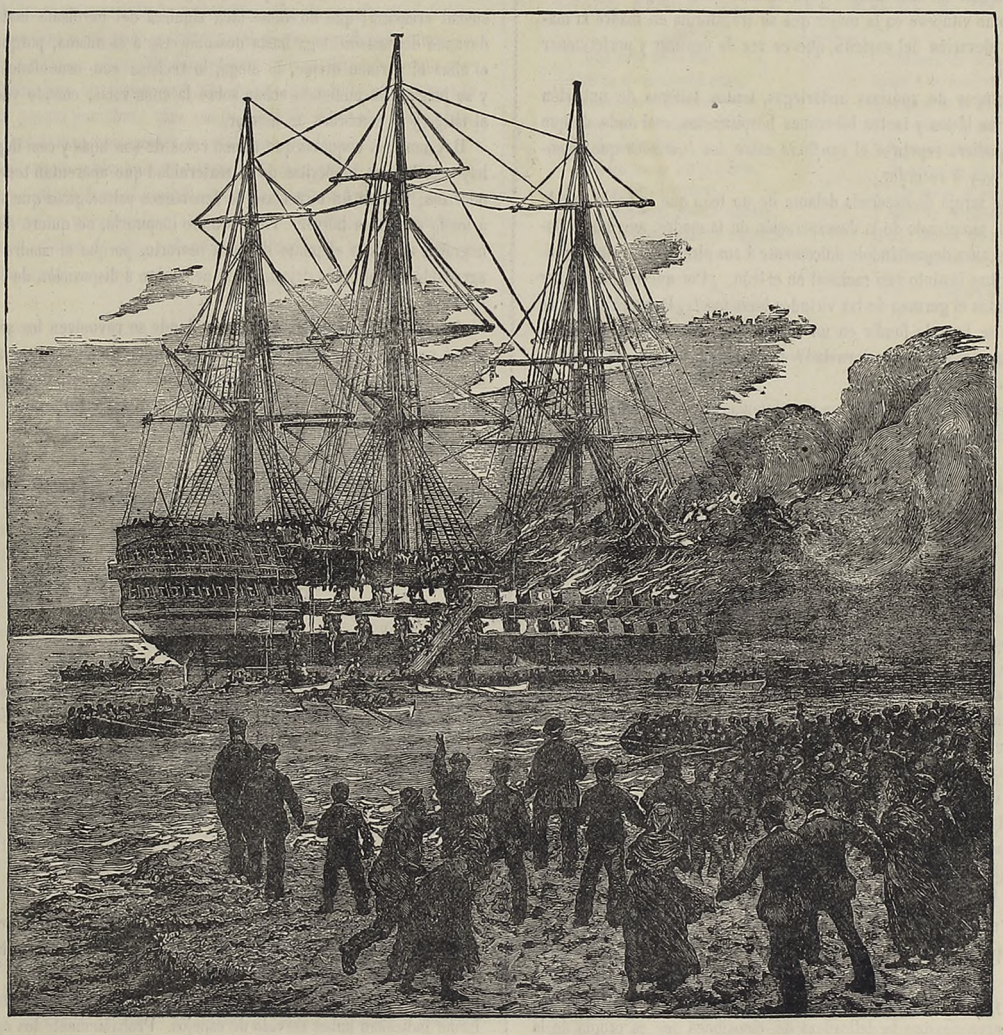
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

HEMEROTECA NACIONAL DE MÉXICO



Incendio á bordo

TIPOS CONOCIDOS.

LAS QUE PONEN EN AMA Á SUS HIJOS.

Si yo fuera filósofo ó médico, haría una disertación clínica sobre el epígrafe alarmante de este artículo; tronaría contra la monstruosidad de esas madres sin entrañas que profanan la cuna de sus hijos y los sacrifican á la vanidad, á la ambición, y quizá más que todo á la coquetería. Pediría para ellas un castigo ejemplar y marcaría su frente con el estigma de la reprobación. «Esta mujer—diría—tuvo la dicha de ser madre, y faltó á la ley natural, poniendo á sus hijos por egoísmo en manos de una nodriza.»

Nadie glorifica el porvenir que los hijos representan, como los pueblos en que se santifica el pasado; nadie como las familias en que los abuelos son el ídolo de los nietos. Por eso la cuna del recién nacido es para el mundo, singularmente para la generalidad de las madres, más sagrada y venerada que la tumba de los antepasados.

¿A quién comparar esas madres frívolas, de impostoras virtudes, que arrancan del pecho al hijo de su corazón y lo entregan cobardemente á una mujer mercenaria? No es fácil encontrar el símil para esas mujeres que quitan el calor al tierno infante, y la compenetración de dos vidas, una frágil y endeble, otra débil también, pero poderosa por el esfuerzo indomable de la pasión maternal. La leona herida y moribunda cubre á los cachorros con su cuerpo sangriento, pero no los entrega. La perdiz se brinda al cazador volando ante su escopeta, para que éste no descubra el nido. Admiro estos rasgos de ternura instintiva, tanto como vitupero en la mujer que se transforma en madre la mayor inteligencia y elevación del espíritu, que en vez de depurar y perfeccionar el instinto lo mata.

Al ver tantos grupos de nodrizas andariegas, tantos talleres de nutrición humana, tanta harina láctea y tantos biberones hospitalarios, casi dudo de que en nuestros dias pudiera repetirse el *conflicto* entre dos *instintos* que asombró á Florencia y voy á recordar.

Cierta madre se arrojó desesperada delante de un león que le había cogido su hijo. El animal, asombrado de la desesperación de la madre, adivinó su dolor y le devolvió el niño, depositándolo dulcemente á sus pies. Hay instinto sublime en la madre, y hay instinto casi racional en el león. ¿Por qué no han de ser estos buenos instintos el germen de las virtudes humanas? ¿Por qué la madre y el monstruo no se han de fundir en un sentimiento celeste—el de la virtud—en el amor santo de la maternidad? Una sola virtud en un alma viciosa, bastaría para regenerarla.

Esto quiere decir, con permiso de las conveniencias, que las mujeres-madres que sin necesidad perentoria apartan de su seno al hijo amado y se lo dan á una advenediza inculta para que lo alimente y lo enseñe á rezar y á amar, esas mujeres egoístas, degeneradas y malas, no tienen alma. Serían capaces de devorar á sus propios hijos, como hacen entre los reptiles únicamente los cocodrilos.

Insisto en este punto de vista moral, porque el valor de los hijos, lo que hace que sean considerados como bendiciones del cielo, consiste en que son el porvenir de las familias, la integridad de la raza, la esperanza, la alegría, la vida de los hogares, pobres y ricos. Los hijos nos representan en el porvenir bajo la forma más íntima, más personal y cariñosa. Por eso es su encanto irresistible; por eso tienen en derredor de sus hechiceras cabezas una aureola de venturas y felicidades, que se reflejan en el semblante de las madres, que calientan dulcemente su corazón, y conceden á las más pobres y á las más desgraciadas la fuerza necesaria para ganarles el sustento por el trabajo honrado. ¡Bendita sea la infancia, que mata la tristeza! ¡Bendita sea la infancia, que crea en el seno de las familias el sentimiento del porvenir, que es la esperanza y la fe, tan indispensables al hombre como el aire y la luz!

Pues si los hijos son la vida y la luz de las familias, ¿qué nombre debe darse á las madres desnaturalizadas que los arrojan de casa y los meten en la Inclusa, y los ven morir sin inmutarse, vendiendo acaso á hijos extraños el alimento precioso que á ellos les quitan? Esas mujeres no son madres, son abortos repugnantes. El amor maternal es tierno y apasionado hasta el sacrificio; puro, exclusivo y enérgico hasta el delirio; sin afecto ciego ni monomaniaco, puesto que conserva siempre la delicadeza de emociones que es propio de la ternura maternal. La verdadera madre es modesta y recogida, ama el techo conyugal y los trabajos propios de su sexo; ama á su marido con admirable mezcla de ardor y respeto, y á sus hijos con una pasión profunda tan aprensiva, que se asusta de todo, de los ruidos, de los presentimientos tristes, algunas veces demasiado reales. La madre es mártir voluntaria de sus deberes y esclava de sus hijos, á quienes da la sangre de sus venas, y con ella un manantial de amor infinito, reflejo del amor inmortal. Decid á esas santas mujeres que se vistan á la moda del último figurín; que cuiden de su hermosura y de sus atractivos; que frecuenten la sociedad, los teatros y los bailes, y os dirán que para ellas no hay más sociedad que la de sus hijos, y que para agradarles y encantarles no necesitan ser bellas ni elegantes, sino buenas y cariñosas madres, porque este título resume en ellas un tesoro de virtudes, la santidad del afecto más desinteresado que existe en el alma humana.

Poner un hijo en nodriza porque la madre no puede amamantarlo, es caso de conciencia y de necesidad. Sacarlo de la cuna para que la señora no interrumpa sus costumbres elegantes, ni se aje el rostro, ni se le ensanche el talle, ni se comprometa el escote, ni se descuide el tocado, ni se agoste la frescura artificial de la belleza compuesta, eso no es virtud ni sentimientos: es desnaturalizar la misión divina de la maternidad, y reconocerse inferior á la hembra salvaje.

Una esposa de fino porte, de tradiciones galantes, sin anemia ni dispepsia, fresca y lozana como una campesina, aunque ella se asuste de parecerlo, que da á luz sin dificultad un hijo, y convalece pronto, y tiene próvidos senos para el ángel que es parte de su existencia, y los seca de intento con bebedizos, á trueque de comprometer la salud, por miedo, según dice, á los *pelos*, á los desvelos nocturnos, á la suciedad constante y la vigilancia perpetua; esa mujer, de la cual hay por desgracia ejemplares, es una criatura cobarde y viciosa, que desconoce por pobreza de espíritu, por descuidada educación, ó por carencia de sentimientos religiosos, la grandeza sublime de la madre en la sociedad cristiana; que no tiene idea siquiera del heroísmo maternal, y en su devaneo descastado llega hasta desconocerse á sí misma, porque sintiendo en el alma el germen divino, lo niega, lo rechaza con crueldades inverosímiles, y se juzga feliz pudiendo echar sobre la cuna vacía, cuando vuelve de paseo, el látigo y el sombrero de montar.

Hay mujeres coquetas que tienen celos de sus hijas y casi llegan á odiarlas; hay sensibilistas hipócritas de la maternidad que aparentan tener envidia á las nodrizas; hay en fin otra clase de fenómenos psicológicos que si se estudiaran á fondo causarían horror. Yo no quiero inspirarlo, no quiero dibujar la silueta negra ni aun bajo el punto de vista literario, porque el cuadro resultaría desagradable, y vale más dejarlo en la penumbra á disposición de los anatómicos.

. . . . . .

Apartando, pues, la vista del foso donde se revuelven los séres caídos, me voy á respirar á los hogares limpios y castos, donde la esposa es reina del amor, porque á la vez es madre amantísima de un coro de ángeles, á quienes ha criado con alientos heroicos, para poder decir orgullosa:

—¡Son mis hijos!

Esa es la madre del Evangelio.

Madrid, Noviembre de 1887. ENRIQUE SEPÚLVEDA.

EL ESPEJO.

La invención del espejo es de las más antiguas, quizá la más antigua de todas las invenciones. El espejo vino al mundo con la primera mujer. Milton nos presenta en el Paraíso á Eva mirándose en el cristal de una fuente. ¡Y eso que todavía no había conocido al hombre!

Esta clase de espejos era barata. No tenía más inconveniente, sino que había que inclinarse para verse, y la postura resultaba molesta. Es posible que lanzada del Paraíso, Eva le exigiese á Adan que llevara consigo una fuente para que ella pudiera mirarse siempre que se le antojara.

Lo cierto es que entre los pueblos de la más remota antigüedad se conocía el espejo. Sólo que éste no era de cristal. Los espejos de cristal pertenecen á una época relativamente moderna.

En los sepulcros egipcios han sido hallados objetos de metal, que por su forma indicaban haber servido de espejos. Probablemente los egipcios creerían que la momia de una mujer no podía estar tranquila si no tenía un espejo al lado.

Entre los judíos se usaban espejos de igual clase. La Biblia dice que el

mar de bronce del Tabernáculo fué fabricado con los espejos de las mujeres, Esta debió ser la prueba más fuerte á que sometió Moisés al pueblo elegido. ¡Dejar á las mujeres sin espejo! Verdad que no las dejaría á todas. Esto habría provocado una sedición.

Los griegos y romanos usaban espejos de una mezcla de cobre, antimonio y plomo, á la cual sabían dar una superficie muy pulida que reflejaba muy bien las imágenes. Las personas ricas dadas al lujo, los usaban de plata. Algunos dicen que también de oro; pero éstos toman sin duda la parte por el todo; es decir, el marco por todo el espejo. Aquellos pueblos consideraban el espejo como inseparable de la mujer hermosa. Por eso los pintores y escultores solían representar á Venus con el espejo en la mano.

Estos espejos servían en un principio únicamente para el tocador. Eran pequeños, de forma elíptica y con un mango para que los tuviese en su mano una esclava, mientras que la señora arreglaba su cabellera y ponía el carmín en sus labios. El colmo de la galantería era entre los romanos, según nos dice Ovidio, que el amante sostuviese de rodillas el espejo de su amada, mientras ésta atendía al embellecimiento de su persona.

Los espejos de gran tamaño fueron también usados en Roma, y á veces servían para el adorno de las habitaciones. Estaban enclavados en la pared, y todos los días había que limpiarlos cuidadosamente; por lo cual, al lado de cada uno, había un pedazo de piedra pómez y una esponja.

Cuando el lujo de la Ciudad Eterna llegó á un grado insuperable, había en los tocadores de aquellas orgullosas matronas, espejos de plata de cuerpo entero.

Así decía un escritor de aquel período, que valía más el espejo de una dama entonces, que el dote de la hija de un cónsul en la buena época de la República.

En la Edad Media, para que todo fuese característico de aquella edad de hierro, los espejos eran de acero, por ser este metal el que se trabajaba mejor.

Pero ¿es que no habían observado los antiguos que el vidrio sobre una placa metálica reflejaba bien las imágenes? Sin duda alguna habíanlo observado y hasta lo habían puesto por obra; mas por la clase de vidrio que fabricaban, las imágenes no resultaban con nitidez ó resultaban desfigurados.

Hasta que en Venecia y Murano se estableció la fabricación de cristal, allá por el siglo XV, y se llevó á un alto grado de perfección esta industria, los espejos de este género no prevalecieron. En cambio tomaron pronto una completa venganza del antiguo desdén, reduciendo á antiguallas todos los espejos que no fuesen de cristal.

H. P.

DESDE MADRID.

La boda del Sr. Cánovas del Castillo con la bella Srita. de Osma ha producido los principales ecos, siendo imposible que en estos dias se hayan reunido cuatro ó seis señoras pertenecientes á los buenos círculos de la corte, sin recoger alguno de la misma referencia: quién celebra las joyas de la aristocrática novia; quién pide detalles de la hechura de sus vestidos, juzgando, con razón, que en ellos debe concretarse lo más distinguido, nuevo y rico.

De todos sus vestidos, decía una recién casadita en un palco del Real, no hace muchas noches, el que más me gusta por su novedad es uno de paño azul con adornos de piel castor: ¡qué distinción en su hechura! Parece un redingot abierto sobre vestido de terciopelo zafiro.

—Pues el traje nupcial!

—¡Es suntuoso! ¡Terciopelo frapé blanco, con cascadas de encajes por entre los paños! No puede darse nada más rico. Pero yo como ya no necesitaba ese atavío, me he fijado principalmente en los otros: uno de terciopelo oscuro con piel y encaje, abierto el cuerpo sobre otro fruncido de surah, ¡era ideal!

En cambio en un salón muy distinguido de la corte, pude escuchar el siguiente diálogo:

—Ya he visto, marquesa, que su presente era de los más ricos, allí donde las piedras se agrupaban como si no tuvieran valor. Brillantes y zafiros!

—Tienen muy buena combinación ambas piedras.

—Y supongo que siendo de las íntimas de la casa, asistirá vd. á la ceremonia.

—Ya me han traido al efecto el vestido de París, peluche y raso á grandes listas color dalia y cuerpo y manto de terciopelo de igual color.

—Y á propósito de galas, repuso otra linda joven, tomando parte en el diálogo: vd., marquesa, que ha examinado todos los trajes de la novia, ¿qué me dice de los sombreros?

—Que son muchos y de distintas formas; los hay de fieltro con grandes alas ondeadas ó levantadas de adelante, forradas de terciopelo oscuro, que prestan al rostro reflejos deliciosos. Para los vestidos de paño con adornos de piel, le han hecho *Toques* muy graciosas, guarnecidas de castor y chinchilla, y finalmente, para vestir, tiene capotas de fondo bullonado en peluche y terciopelo, de gran severidad y elegancia.

—De modo que la capota. . . .

—Es el complemento de un traje elegante; para visitas, para teatro y para actos oficiales, no hay más que la capota. Los demás sombreros pasan como capricho para otros casos de la vida, pero sólo la capota es seria y elegante.

—¿Y de abrigos?

—Veo, amigas mias, que necesitaría describir todo el equipo para saciar su curiosidad, y justo es atender á que hay caballeros y estarán cansados de oirnos hablar de modas.

Tomó otro giro la conversación y yo me levanté para dar á la imprenta estos apuntes que pueden dar idea perfecta de las últimas novedades.

Joaquina Balmaseda.

EN EL ÁLBUM DE LA SRA. MAURA A. DE GARRIDO.

Una vida como flor
Abierta en temprana edad,
Un corazón todo amor
Y una voz de ruiseñor,
Eco de felicidad.
En tus horas los placeres,
En tu sueño el frenesí,
En tu ambición cuanto quieres.
¡No ha de haber muchas mujeres
Que se parezcan á tí!

Mañana sin pena alguna
Junto á tu sombra irá en pos
El ángel de la fortuna,
Y un infante y una cuna
Y la bendición de Dios.
Si amor en tu vida alienta
Y á tu amor el alma das
Y amor tu ambición sustenta,
Dime, Maura, ¿estás contenta?
¡No se puede pedir más!

Juan de D. Peza.

México, Noviembre 28 de 1887.

CÉSAR.

Llega á la margen del sagrado río
César, en alas de inmortal victoria;
Ilumina su frente luz de gloria,
Turba su pecho sed de poderío.

Le habla el deber; le adula orgullo impío,
Y de Mario y de Sila hace memoria:
Piensa en lo porvenir, piensa en la historia;
Y . . . . vacilante está, mudo, sombrío!

Vence al fin la ambición; la ley arrostra:
Se lanza á Roma, sube al Capitolio,
Y asombrada la tierra ante él se postra.

Mas, no le basta; esclavizarla quiere;
Y al escalar el imperante solio,
De Bruto al golpe ante Pompeyo muere.

México, Diciembre de 1887. Heraclio Martín de la Guardia.

ENSUEÑO Y REALIDAD.

A mi distinguida amiga la poetisa Doña Carmen P. de Silva.

Me fascinó la gloria del poeta
Y corrí en pos de hermosas ilusiones;
Dejé vagar mi fantasía inquieta
Por ideales célicas regiones.

Y deslumbrado el pensamiento loco
Por el brillante sol de excelsos mundos,
Quise tocar de aquella luz el foco
Y hallé dolores crueles y profundos.

Templo convertido en hospital

Arqueología india.—Cueva de Elefanta

Patos en la laguna

Contemplando el alcázar del talento
Quise escalar su puerta bendecida;
Dios castigó tan hondo atrevimiento
Y al pie del muro me encontré vencida.

Débil arista me juzgué gigante
Embriagada por mágico delirio,
A sus jardines me arrojé anhelante
Y en vez de goces encontré el martirio.

En aquellos magníficos vergeles
Matizados de flores purpurinas,
Ví coronas de acanto y de laureles,
Y al tocarlas ¡ay Dios! sólo hallé espinas.

Ví arroyos deslizarse en dulce calma
Besando flores con su linfa pura,
Quise apagar allí la sed del alma....
Probé sus aguas y.... ¡bebí amargura!

Y también escuché dulces cantares,
Célicos, armoniosos y sentidos,
Quise acallar la voz de mis pesares,
Pulsé mi lira y prorrumpí en gemidos.

Saturadas las brisas matinales
Con perfumes de nardos y violetas,
Repetían la voz de los turpiales
De arpados ruiseñores y poetas.

¿Qué era mi flébil canto en el concierto
Que vibraba armonioso en el ambiente?
La triste queja de voraz tormento,
Cruel expresión de mi pesar ingente.

Callé; y entonces percibí el precepto
Que me impusieron genios soberanos:
¡Vete! dijeron, miserable insecto,
A este alcázar no llegan los profanos.

Débil arista me juzgué gigante,
Y llevada de mágico delirio,
Hacia el Olimpo me lancé anhelante
Y en vez de lauros encontré el martirio.

Al descender de la soñada altura
Adonde vuela el alma que delira,
En las ramas del sauce, la amargura
Cuelga mi rota y desacorde lira.

Esa es mi realidad, mi negra historia,
No hay en mi senda flores purpurinas,
No lucen los laureles de la gloria
Cuando rasgan la frente las espinas.

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, Setiembre 3 de 1887.

CANTARES.

Hay tipos tan insulsos
Y tan babiecas....
Que se finjen modelos
Sin ver sus muelas;
Suben tan alto,
Que se cansan y caen
Sobre del fango.

Reina de mis amores,
Angel divino....
¿Por qué te desentiendes
De mi cariño?
Piensas, acaso,
Que lo alegre te abona
Contra lo uraño?

Mientras haya fustanes
Viva la gresca!
Mientras suene la plata
Viva la feria!
¡Viva lo bueno!
Todo aquello que vive
Por el dinero.

Dices que la tristeza
Te va matando;
Pues fúmate un gigante
Del Asturiano;
Yo te aseguro
Que se van tus pesares
Vueltos en humo.

Yo conozco una ninfa
Color de rosa,
De cuello de alabastro,
Carirredonda;
Con unos ojos....
Que seducen á uno
Y matan á otro!....

No pierdas la esperanza
Porque me veas
Camino del curato
Con la Nemesia;
Cálmate, Chole,
Porque tú eres la dueña
De mis amores!

San Miguel Achutla.

ANTONIO ESCANDÓN.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

La hermosura es lo primero que desaparece dejándonos convertidos en descarnados esqueletos. El alma es lo único que no se despoja jamás del armiño de virtudes con que la envolvemos.

¡Procura adornar tu alma más que tu cuerpo!

—Perfectamente, Victorina, la religión te ha inspirado.—Dijo doña Clara.

—Soy muy feliz con mi fe.

—Le aseguro á usted, Victorina, que sus palabras me han parecido la cadena con que se ata el fragmento de un sermón guardado para ocasiones en que se quiere brillar aturdiendo al auditorio.

—Puedes decir lo que gustes de mi plática, no me impresionará el más furibundo ataque.

Victorina luchaba en vano por atraer á Nieves á la senda de la virtud.

El vizconde de la Plata formaba entre tanto atrevidos planes para la evasión.

Nada había comunicado á nuestro amigo Mario, temeroso de la reconvención que éste le hubiera dirigido, oponiéndose á que llevara su empresa adelante.

Transcurrieron algunas semanas, y llegó el dia prefijado para la lectura del testamento del conde. Fueron avisados los dos escribanos que guardaban el testamento entregado por Victorina el dia de su arribo á la corte, después de la muerte de su marido.

Se reunieron en la sala para la lectura de él los testigos que trajeron los escribanos, Doña Clara, la viuda, la huérfana, Mario y el vizconde.

En todos los semblantes estaba retratada la más ávida curiosidad.

Reinaba un silencio sepulcral.

Todos fijaron una mirada de ansiedad en los rostros de los representantes de la ley y la fe pública.

Uno de los escribanos rompió el sobrescrito del testamento, y se puso á leer con voz pausada las últimas disposiciones del conde de Champ-Fleury.

In Dei nomine. Amen.

"Comienzo esta pública escritura encomendando mi alma á Dios nuestro "Señor, á quien tanto he ofendido, esperando que me perdone ese Dios que "crió al hombre y le redimió con su preciosa sangre librándole del pecado.

"*Item:* Hallándome fuera de la cama y con la inteligencia despejada, sa-"na la razón, recto el criterio y clara memoria, declaro que María de las Nie-"ves Poindeau es hija mia.

"*Item:* Hago heredera del título que me legó mi padre Bernardo Poindeau, "conde de Champ-Fleury, natural de Francia, cual yo, á mi hija María de las "Nieves Poindeau.

"*Item:* Cuanto se halla en el palacio pertenece á Nieves.

"*Item:* Recomiendo que se digan por mí cien misas.

"*Item:* Suplico se distribuya entre los pobres mil ochocientos reales.

"*Item:* Siento no poder dejar algo á mi esposa, mas nada poseo; hace años que no tengo nada.

"*Item:* Nieves podrá posesionarse de todo, porque es suyo, adquirido honradamente por la familia de su madre.

"*Item:* Nieves hará el uso que quiera de ello, sin que intervenga nadie en la realización de sus deseos, satisfechos por su capital.

"*Item:* Suplico á mi hija procure invertir bien su fortuna.

"*Item:* Me agradaría partiera sus intereses con mi esposa, quien se ha impuesto la misión de ser su madre adoptiva.

"*Item:* Esto ha de ser espontáneo, pues no queda obligada á hacerlo.

"*Item:* Mando se ejecute al pie de la letra mi última voluntad, porque en conciencia dejo á Nieves lo que es suyo."

D. G. M. A. Amén.

ROBERTO POINDEAU,
Conde de Champ-Fleury.

Un relámpago que hubiera caido á los pies de Victorina, no le hubiera hecho más terrible efecto.

Quedó aterrada.

Doña Clara muda de asombro.

Nieves sonriendo de un modo satánico.

Los ojos de Alberto brillaron como dos luciérnagas en la oscuridad.

Mario permaneció indiferente.

Los escribanos y testigos se marcharon, y todos los personajes de nuestra historia parecían haber enmudecido.

El Vizconde rompió el enojoso silencio, indicando que la hora de comer se aproximaba.

Los dos amigos partieron.

En el trayecto trataron de asuntos ajenos á lo ocurrido.

Jamás hablaron del testamento que nombraba heredera á Nieves.

XI

—¿Qué le parece á usted mi resolución—preguntaba Victorina á doña Clara.

—Dispón como gustes, yo la encuentro buena.

—No debemos estar en este palacio, que no nos pertenece, ni siquiera un momento.

Ya que somos pobres, conservemos la dignidad. La hija del que fué mi marido ha heredado, con la fortuna, el alma raquítica de su padre.

—Es una mujer muy infame.

—Nos ha expulsado indirectamente, marchémonos sin dilación.

—¿Qué pongo en las maletas?

—Mi ropa blanca, que la compró mi padre; los trajes, joyas y blondas que me regaló el conde, los dejaremos para su hija.

No quiero ni un hilo perteneciente á esta casa.

—A la tarde ya estará todo preparado.

—Ese es mi deseo.

—¿Nos despediremos de ella?

—No, tia; no quiero rebajarme hasta dirigirle la mirada á esa perversa que tanto ha herido mi dignidad y amor propio.

—Será preciso hacer entrega de las ropas.

—Llama vd. á sus sirvientes, y les exige vd. un recibo de cuanto les entrega: así quedamos cumplidas, sin verla.

—Es una criatura despreciable.

—Ha ofendido mucho mi delicadeza.

—¿A qué fonda vamos?

—A la de Europa. Allí hablaré á vd. de mis proyectos.

Lo que importa es abandonar esta morada que tan gran repulsión me inspira: mi doncella Clotilde quiere venir con nosotras.

—Bueno, ella me ayudará á arreglarlo todo.

Llegó el momento de marchar, y Victorina dió una carta á los criados de Nieves, despidiéndose de ella.

No tuvo valor para presentarse ante mujer tan innoble; pero quiso quedar decentemente, cual lo tenía por costumbre.

Clotilde siguió á las dos señoras que se dirigieron á la fonda.

Por todo equipo llevaban dos maletitas sumamente pequeñas.

Instaladas en la fonda, Victorina le dijo á Doña Clara:

—Tia, ¿está vd. dispuesta á seguirme á todas partes?

—Sí, Victorina, donde vayas iré.

—¿Está vd. muy decidida?

—Hija mia, yo ya no vivo más que para tí!

—Tia, quiero concluir esta existencia, que tanto me pesa, en un convento.

—¿Has pensado bien lo que dices?

—Es irrevocable mi resolución.

—¿Y Mario?

—Yo haré que se resigne ante la fuerza del destino.

—Me sorprende mucho tu deseo.

—Tengo el corazón despedazado, quiero la vida tranquila, y borrar mi doloroso pasado viviendo en Dios y para Dios. Mis penas son tan grandes, que no pueden consolarlas las criaturas, sólo puede consolarlas el Creador.

Sí, tia mia; marchemos al convento antes que vacile. Mi unión á Mario es imposible: soy pobre, él lo es, y con su pobreza debe mantener á la madre de su difunta esposa.

Ella debe ser antes que yo: supe sacrificarme por Cándida, también sabré sacrificarme por esa anciana.

—¡Eres un ángel, Victorina!

—Entraremos en el convento de la Purísima Concepción: como la superiora es amiga nuestra, pronto se allanarán dificultades; Sor Piedad tendrá un gran placer en que vayamos al convento.

—Yo conservo la cantidad de tu padre que no quisiste admitir; por consiguiente, la depositaremos en el convento, según prescriban las reglas de allí:

—Sor Piedad nos indicará lo que debemos hacer: mañana mismo es preciso que se principien á dar los pasos: pronto, pronto; que no se me entibie la vocación.

¡Que no me éntre el desfallecimiento, tia mia ¡Cuán desdichada soy! ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que os mostreis tan severo para mí?

—Cálmate, hija mia, acata la voluntad del Altísimo, ofrece tus penas por su Divina Pasión.

Lee la Sagrada Escritura, recuerda el salmo que dice: «Alabad á Jehová porque es bueno: porque para siempre es su misericordia. ¿Quién expresará las valentías de Jehová? ¿Quién cantará sus alabanzas? Dichosos los que guardan juicio, los que hacen justicia en todo tiempo. Su benigna Providencia remedia de mil modos á los afligidos. Díganlo los redimidos de Jehová, los que ha redimido del poder del enemigo.

Ensalcen todos al Omnipotente. Él vuelve las fuentes en desierto; los arroyos en eriales; los páramos en manantiales; hace saltar el viento de la tempestad que agita la ola. Él encauza los rios desbordados y refrena el ímpetu de los mares.»

Ese Señor tan poderoso aliviará tu honda pena, no te desconsueles.

—Estoy decidida; la dulce calma del convento será un lenitivo á mis dolores, un antídoto á mis males, una panacea á mis amargos pesares.

Allí viviremos abrasadas en amor divino y prolongaremos un himno eterno sin que el corazón sienta fatiga. Nuestro espíritu se alzará al trono del Altísimo, nuestra alma habitará la celestial mansión.

Al siguiente dia, Mario se presentó en la fonda haciendo cargos á Victorina por no haberle dicho que se marchaba del palacio.

Esta le contestó:

—Yo no podía permanecer en aquel recinto ni un segundo después de lo que había oido, y teniendo en cuenta las groseras indirectas de Nieves.

—¿Sabes el gran acontecimiento?

—No sé nada.

—Pasado mañana marcha Nieves con Alberto á los Estados Unidos; él está ocupando una habitación en el palacio; han convenido en poner un administrador, y regresar á la Corte cuando se cansen de viajar.

—No me sorprende lo que me dices: esa desdichada no ha querido escuchar mis consejos, y será la más degradada de las mujeres.

¡Dios la tenga compasión!

Sacó unos instintos difíciles de corregir.

—¿Has pensado ya en nuestra situación, Victorina? Tu misión cerca de Nieves ha terminado al haberse emancipado ella; ahora le toca á Dios guardarla, tú no puedes volverla á la senda del bien.

—Hay otra cosa que imposibilita nuestro matrimonio.

—¿Todavía imposibles? ¿No me dijiste que al leerse el testamento deci dirías?

—Es verdad, voy á hablarte con franqueza.

Si de los bienes, que creí de mi marido, me hubiera pertenecido algo, nuestro matrimonio se hubiera efectuado; siendo yo pobre no puede realizarse tal unión.

—Esa es una ofensa; yo trabajaré para proporcionarte todas las comodidades posibles, yo procuraré que no carezcas de cuanto necesitas para tu bienestar.

—Yo lo agradezco, pero comprendo que nuestro enlace no se puede realizar. Somos los dos pobres, yo sería una carga onerosa para tí: tu deber es pagar el sustento á la madre de tu esposa; las dos juntas no podemos vivir, por tener costumbres muy diversas; por consiguiente, entre ella y yo, ella está por cima de todo. ¡Reconoce tu deber!

—¿Te has propuesto inventar cada dia un martirio?

¿Qué sucede? ¿Qué intentas?

—Hacerte conocer la razón. La madre de Cándida es madre tuya, ante este sagrado deber dobla la cerviz.

El destino nos separa; si hubiera tenido recursos, no había obstáculos para unirme á tí.

Este asunto queda terminado: dentro de ocho dias entro de novicia en el convento de la Purísima Concepción.

—¡Victorina!

—No te asombres, hora es ya de que salga de un mundo donde tan horribles luchas ha tenido mi corazón.

—Tanta lucha y sin vencimiento.

—Hemos vencido nuestras pasiones, hemos cumplido con nuestro deber.

—Fatal destino.

—Felices de nosotros que no hemos faltado á la ley de la moral.

—¡Victorina, el cáliz del deber es muy amargo!

—¡Qué importa no sea dulce la pócima si devuelve la salud.

—¡Ah, yo no creo lo que me dices! ¡No puede ser verdad!

¡Qué será de mí! ¡Tanto que te amo! ¡Mi alma está siempre de rodillas ante tí, mis pensamientos son oraciones, yo sería huérfano sin tu amor.

—El amor divino debe ocupar nuestros corazones. Dios nos habrá castigado por habernos rendido continuamente un culto idólatra.

Mario salió de la fonda desesperado; volvió á los dos dias y le recibió doña Clara manifestándole que su sobrina, completamente entregada á los ejercicios espirituales y á la vida ascética, no quería hablar con nadie por no distraerse.

—¿No quiere despedirse de mí?

—No debe vd. proponerlo; le haría la despedida una impresión indeleble, impresión que tal vez descompusiera su organismo físico tan delicado.

—¡Qué crueldad! yo no puedo resignarme á no verla! ¿Qué dia entra en el convento?

—No estoy autorizada para decirlo.

—¡Qué rigor, doña Clara, qué severidad! ¿La he merecido yo?

—Son los votos y disciplina quien disponen ésto.

—¡Dios me dé resignación para tan dura prueba!

Ocho dias después entraba en el convento de la Purísima doña Clara con el nombre de Sor Benigna, y Victorina con el de Sor Lágrimas.

Este fué el último sacrificio de nuestra heroína, que tanto había merecido el nombre de Victoria que llevó durante su permanencia en el mundo.

A los seis dias de hallarse en el convento, la tornera entregó á Clotilde una carta de Sor Lágrimas para Mario Alcaraz.

La trascribimos suponiendo ha de interesar á nuestros lectores.

CONVENTO DE LA PURISIMA.

"¡Hermano mío! He consultado con Dios el deseo de escribirte, y no se "opone á mi deseo.

"Necesito despedirme de tí y revelarte los goces que en esta santa man- "sión experimento, para que no me compadezcas creyendo hago una vida tris- "te y solitaria.

"La religión, que pintan tan severa, es muy tolerante; me permite que te "escriba estas últimas páginas para aconsejarte, para indicarte la senda que "debes seguir.

"¿No es verdad que tu corazón presentía esta despedida?

"¡Yo no podía separarme bruscamente, dejándote en la aflicción!

"Está mi alma completamente desprendida de los lazos terrenales, y por "eso Dios le permite dirigirse á la tuya.

"Aquí mueren todos los sentimientos que hicieron palpitar nuestros cora- "zones, un sentimiento inmortal nos abrasa: un sentimiento único: el amor "de Dios.

"Aquí las pasiones se amortiguan, los recuerdos se extinguen, aquí no lle- "gan los rumores del mundo, aquí se vive en Dios y para Dios.

"Anhelo que mi piedad llegue hasta la exaltación mística.

"Si aquí pudiera envidiarse algo, envidiaría el fervor, el arrobamiento de "Santa Teresa de Jesús.

"Esta morada de paz es un puerto para los náufragos del alma, una forta- "leza alzada contra los disparos del mundo.

"El fervor de estas constantes adoraciones me ha edificado de tal modo, "que vivo en una atmósfera de éxtasis que hace crecer las alas á mi alma, y la "siento remontarse á los regiones célicas é infinitas.

"Respiro un ambiente santo, un ambiente divino que encanta todo mi sér.

"Mi corazón, donde ardía un amor perecedero, es el arca santa donde se "encierra un amor incorruptible, invariable, inmortal.

"La santa casa que habito me parece el monte sagrado, la cúspide bendi- "ta desde la cual se oyen los primeros conciertos del cielo, las armonías de las "arpas celestiales.

"Mi trasporte es constante, apenas me doy cuenta de mi existencia; mi alma "se sumerge en un baño de luz divina que me hace ver lo indefinible con gran "claridad.

"El enlace que tiene nuestra alma con la grosera materia es lo que nos im- "pide comprender las cosas espirituales.

"Desde que me veo libre de ese enlace, me explico lo que me parecía in- "comprensible.

"Me maravilla cómo no he dejado antes ese mísero mundo que no ofrece "más que miseria y dolor.

"Las criaturas somos en él unas plantas parásitas que nacen hoy, para agos- "tarse mañana, sin que en el corto espacio de su vida las acaricie el rocío más que "una hora, azotándolas el resto el huracán, abrasándolas el sol y sepultándo- "las el hielo en fría é ignorada sepultura.

"Aborrezco ese mundo, veo sus vanidades, sus mezquinas vanaglorias, la "sombra que nos rodea mientras vivimos en él.

"No penetra un rayo de sol en nuestra alma hasta que no lo hemos de- "jado.

"Tengo felices momentos en que mi espíritu, trasformado en Dios, no me "hace sentir las pesadas cadenas corporales; me encuentro cual si mi sér se hu- "biera evaporado, creo vivir entre nubes, pues no siento el roce de mis plan "tas por la tierra; ésto es un arrobamiento, un éxtasis divino y delicioso que sólo "gustan las almas enamoradas de Dios.

"¡Dios! ¿Sabes lo que es Dios?

"¿Comprendes lo que expresa esa palabra?

"Dios no es lo que puede vislumbrar el limitado entendimiento del hombre, "porque Dios no tiene límite.

"Dios no es bueno y sabio con la sabiduría y la bondad que los hombres "pueden comprender, sino con otra infinitamente mayor.

"¡Ningún mortal puede adivinar su grandeza!

"Es Dios tan inmenso, que llena toda la creación; no puede estar estrecha- "do en este mundo, porque excedería mil mundos que hubiera.

"Está en todo lugar, por esencia, presencia y potencia, de modo que todas "las cosas están llenas de Dios.

"¡Yo le veo constantemente como le vió Jacob en aquella misteriosa es- "cala!

"¡Vivo de la oración, que me lo hace conocer! ¡Oh! la oración es la ab- "sorción del espíritu, el perfume del alma, el místico lenguaje del corazón, el "mudo diálogo con el Eterno, el lazo íntimo que nos liga al Omnipotente, el sa- "grado escabel que nos acerca al cielo.

"La oración es una templada brisa, un puro rocío, un bálsamo prodigioso "que cura las heridas del alma.

"Termino de expresarte el célico entusiasmo que me domina, para hablar- "te de la misión que te confío.

"Tu vida puede tener un objeto grande y elevado; desde las bajas regio- "nes que habitas puedes alzar con tus virtudes una columna que te aproxime "á la gloria que disfrutan los bienaventurados.

"Conságrate á practicar el bien, hermano mío.

"Dirás que no tienes riquezas para repartir; eso no importa, la inteligen- "cia puede hacer mejores limosnas que el dinero. Hay mil medios de practicar "la caridad.

(Concluirá.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Incendio á bordo.—Entre los grandes peligros que la navegación ofrece, el más terrible de todos es un incendio á bordo. Los marinos, que desafían con impavidez las tormentas, que se salvan de un equinoccio y que miran hasta con indiferencia la pérdida de los mástiles, quedan aterrados ante el fuego; y es que en el mar no puede contarse con tantas defensas contra el incendio como en tierra. La fragata que hoy presentamos en nuestro dibujo, y que nos recuerda el horroroso incendio de la fragata *Triunfo*, en las aguas del Pacífico, cuando la guerra hispano-peruana, á pesar de hallarse en el puerto no se ha podido salvar. Por todas partes salen las llamas, el incendio amenaza destruir la arboladura, y pronto se sumergirá entre las olas.

Templo convertido en hospital.—En los ámbitos del templo donde se alzaron himnos al Eterno, se han alzado también tristes ayes de dolor. Nada más tétrico que un hospital de sangre: los heridos lanzando lamentos desgarradores, los mutilados desesperándose en su impotencia por no poder asistir al campo de batalla, y unido á ésto, los suspiros por la madre ó por la hermana ausente, y el recuerdo de los queridos compañeros que han quedado luchando entre la vida y la muerte. ¡Digno de admiración es el heroísmo del soldado!

Arqueologia india. Cueva de Elefanta.—A distancia de unas tres leguas al S.O. de la ciudad de Bombay en la India, se encuentra la isla de *Elefanta*. Se le ha dado este nombre porque cerca de su principal puerto hay un colosal elefante cortado en la roca maciza, que, como centinela mudo, guarda la entrada de la isla. La piedra de que se ha formado el elefante es una especie de basalto negro que se presta mucho para semejantes obras. Los antiguos habitantes de esas regiones adoraban á sus grotescas divinidades, cuyas imágenes están esculpidas en las columnas y bóvedas de las fantásticas cuevas. La figura de tres cabezas, que se ve en el centro del templo, es la representación de la Trinidad Hindoo, es decir, Brahma, Visnu y Siva. Estos tres personajes, que tanto figuran en la Mitología India, son respectivamente, el Creador, el Conservador y el Destructor del Universo. Esta estatua tiene de altura unas siete varas y está tallada en la piedra viva, lo mismo que las demás figuras que adornan la cueva. Estos templos, juntamente con sus estatuas, figuras simbólicas, geroglíficos y demás emblemas de un culto politeista, se están desmoronando, lo mismo que el sistema de religiosa superstición que hace siglos les dió origen.

Los patos en la laguna.—No sabemos por qué el manso, el tranquilo, el inofensivo pato, ha dado origen á diferentes modismos. Comprendemos que cuando una persona anda sin garbo se diga que *anda como un pato*; pero no nos explicamos el origen de la frase *pagar el pato* cuando se hace víctima á un individuo de culpas ajenas. El pato es ave palmípeda, con el pico más ancho en la punta que en la base; el cuello y los tarsos cortos, por lo que anda con dificultad; es de la familia de las ansarineas, compuesto de un gran número de especies, la mayor parte europeas, y las demás del Brasil, Madagascar, Islas Malvinas y de Sandwich. Generalmente viven en los terrenos bajos, prados húmedos ó llanuras pantanosas, y algunas veces en los sembrados, donde ocasionan muchos perjuicios. Se le domestica fácilmente, tiene un graznido muy desagradable y su carne es muy estimada.